

ESTADOS UNIDOS**AL FIN DE LA ERA BUSH***Claudia Cinatti*

Con sólo tres estados pendientes para realizar sus elecciones primarias –South Dakota, Montana y Puerto Rico– la carrera presidencial del Partido Demócrata parece haberse definido a favor de Barack Obama. Hasta el momento ha conseguido la mayoría de los delegados surgidos del voto en elecciones primarias y caucus y también de los llamados “superdelegados” –senadores, ex presidentes y figuras del establishment del partido que tienen poder de veto sobre el “voto popular” y que componen aproximadamente el 20% de la Convención demócrata que nominará a la fórmula presidencial.

A pesar de que hay una fuerte campaña mediática para que Hillary Clinton se retire de la contienda, ya que la “interna sin fin” perjudica las perspectivas electorales del Partido Demócrata profundizando su división interna, la senadora por Nueva York se niega a renunciar a su candidatura, aunque sus posibilidades de conseguir la nominación son casi nulas. Según la mayoría de los analistas, las razones de Hillary responderían a dos estrategias:

1) tratar de ganar el “voto popular” en las tres primarias que quedan y estar mejor posicionada como la única candidata que puede ganar la elección de noviembre frente al republicano John McCain, buscando definir a su favor a los superdelegados que aún no se han pronunciado por ninguno de los dos precandidatos, teniendo en cuenta que el perfil de su base electoral en las primarias sobre todo de trabajadores y clase media de bajos ingresos le dio el triunfo en los estados más grandes. Sin embargo, a esta altura esto parece una misión imposible: los “clanes” decisivos del Partido Demócrata prácticamente se han alineado detrás de Obama –desde familias ilustres como los Kennedy, pasando por Bill Richardson, gobernador de Nuevo México y uno de los principales referentes latinos, hasta los sectores ligados a las grandes corporaciones. La única ventaja que conservaba Clinton era el apoyo de 13 importantes sindicatos nacionales afiliados a la AFL-CIO, contra sólo 7 de Obama. Sin embargo, esta ventaja podría relativizarse con el apoyo que le ha dado John Edwards a su candidatura.

2) Conservar la cuota de poder dentro del partido, que comparte con su marido, el expresidente Bill Clinton, y quedar ya sea como una figura de reserva en caso de que una posible presidencia de Obama, por las dificultades que enfrenta tanto en el frente interno como en la política exterior, sea un fracaso y ponga en riesgo la continuidad demócrata en el poder. Las otras posibilidades es consolidarse como jefa del Senado o incluso ir como vicepresidente de Obama. No faltan las teorías conspirativas que afirman que los Clinton estarían apostando a una derrota de Obama frente a McCain para volver con más fuerza en las próximas elecciones de 2012.

Aunque cuenta con la ventaja de no tener aún competencia, el candidato oficialista John McCain no logró hasta ahora revertir la sensación generalizada de la necesidad de un cambio luego de 8 años de poder republicano. Su campaña carga con el lastre de la decadencia de la presidencia de Bush. En el terreno electoral este estado de ánimo ya se expresó en la derrota conservadora en las elecciones de medio

término en 2006, en las que los demócratas ganaron la mayoría en ambas cámaras del Congreso. En las últimas semanas, en las elecciones especiales para la Cámara de Representantes realizadas en Louisiana, Illinois, los republicanos perdieron ambas bancas que ocupaban desde hace dos y tres décadas respectivamente.

Según las últimas encuestas de Gallup, un 67% de norteamericanos desapruaban al presidente Bush. Cuando la medición es por partidos, sólo un 33% tiene una visión favorable del Partido Republicano, contra un 52% que ve bien al Partido Demócrata (CBS News, 28 de abril de 2008). Estas cifras son las más bajas para un presidente desde que Richard Nixon tuvo que renunciar en 1974 en medio del escándalo de Watergate¹.

Es muy pronto para descartar que McCain logre movilizar al voto republicano e incluso consiga el apoyo electoral de los sectores más conservadores de los demócratas, los que en 1980 le dieron el triunfo a Reagan, sobre la base de atacar los valores “liberales” y de acusar a los demócratas de tener una política débil para defen-

der la seguridad de Estados Unidos. Sin embargo, la victoria republicana en noviembre parece cada vez menos probable. Mientras que en los países de la Unión Europea la derecha conservadora ganó 9 de las últimas 10 elecciones, todo indicaría que Estados Unidos estaría expresando una tendencia inversa, empujada por los síntomas del inicio de la recesión económica, el desastre de las guerras de Irak y Afganistán y la desilusión con las políticas de los neoconservadores después de ocho años de gobierno. Esta expectativa de un cambio reformista, alimenta la ilusión de que un gobierno demócrata pueda devolver algo de la ayuda estatal a los sectores sociales más vulnerables y termine con la sangría de la ocupación de Irak.

Bush y la decadencia del imperio

Lo cierto es que, más allá de quién termine imponiéndose en las elecciones presidenciales de noviembre, tendrá que lidiar con una pesada herencia tanto en la política exterior como en el plano doméstico.

» Sigue en páginas centrales

Al fin de la era Bush

» Viene de tapa

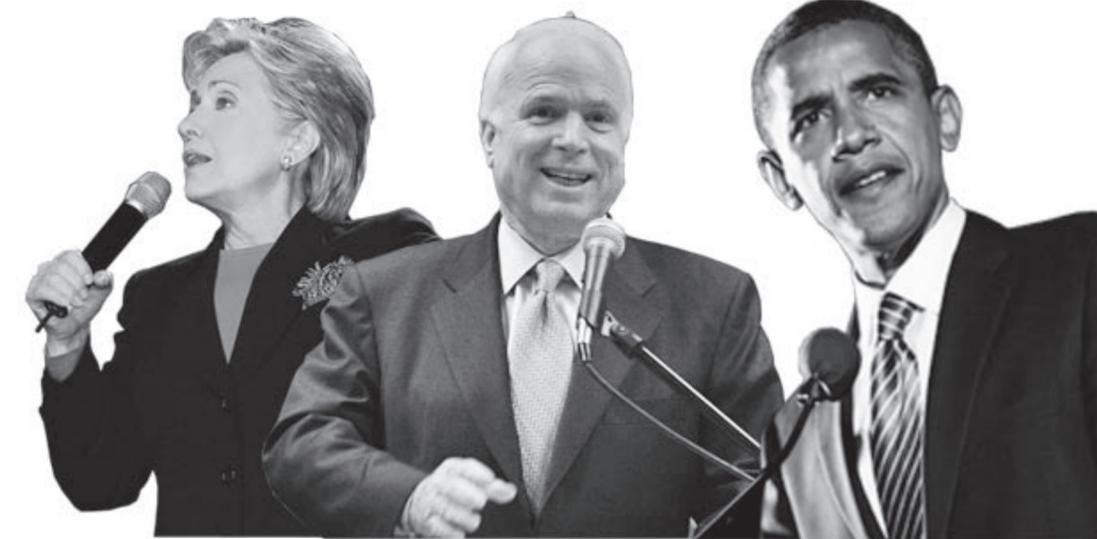
En el terreno interno, el estallido de la burbuja inmobiliaria y la recesión económica está llevando a más norteamericanos a perder sus casas, sus empleos, su posibilidad de consumo y a no pocos directamente a la pobreza (ver artículo).

En el plano externo, el deterioro de la posición norteamericana en el mundo parece no tener fin: la guerra de Irak y Afganistán, la crisis en el Medio Oriente, la suba de los precios del petróleo y la emergencia de actores regionales que desafían el dominio norteamericano, son los signos que han llevado a un sector importante del establishment político a apoyar a Obama como expresión de un cambio en la política norteamericana.

La estrategia neoconservadora de conquistar un “nuevo siglo americano” a través de la guerra preventiva y el unilateralismo, ha fracasado completamente. La guerra y ocupación de Irak, que supuestamente iba a rediseñar el mapa del Medio Oriente a favor de los intereses de Estados Unidos y sus aliados, principalmente el Estado de Israel, ha tenido consecuencias ruinosas para la política exterior norteamericana, debilitando aún más su posición en el mundo. Al contrario del efecto buscado, fortaleció a uno de los principales enemigos de Estados Unidos en la región, el régimen teocrático de Irán, que se ha vuelto una pieza clave para mantener la estabilidad en Irak. La invasión a otros pueblos y la política imperialista agresiva llevó al antinorteamericanismo a sus puntos más altos no sólo en Medio Oriente sino también en América Latina.

¿La vuelta al “multilateralismo”?

Las usinas ideológicas del imperialismo discuten públicamente si ha llegado a su fin la “era norteamericana” y cómo preservar la posición privilegiada de potencia dirigente de Estados Unidos en un mundo con muchos desafíos para el liderazgo norteamericano. En ese sentido, Richard Haas, director del Council on Foreign Relations, en un artículo publicado en la revista Foreign Affairs, plantea que el “momento unipolar” del dominio cuestionado fue un breve tiempo histórico de no más de 15 años que ha quedado atrás y que el mundo se dirige claramente a un sistema “no polar”, en el cual Estados Unidos ya no tiene la fuerza para dirigir y controlar a las entidades estatales y no estatales entre las que se ha distribuido el poder mundial. Según esta influyente figura de la política exterior, aunque Estados Unidos conserva cierta fortaleza –ser todavía la mayor economía nacional del mundo, contar con el presupuesto militar más elevado y ser el principal centro de poder- esto “no debería ocultar la declinación relativa de la posición de Estados Unidos en el mundo, y junto con su declinación relativa en el poder, una declinación absoluta en su influencia e independencia”. Esta declinación tiene su base en el retroceso no sólo político sino del peso económico de Estados Unidos. Como plantea Haas “La porción norteamericana en las importaciones globales ya cayó al 15%. Aunque el PBI norteamericano representa más del 25% del total mundial, este porcentaje declinará en el tiempo dada la diferencia real y proyectada de la tasa de crecimiento de Estados Unidos y los gigantes asiáticos y otros paí-



► Hillary Clinton y Barack Obama pre-candidatos demócratas. En el centro John Mc Cain, candidato republicano.

ses, gran parte de los cuales están creciendo a una tasa dos o tres veces mayor que la de Estados Unidos”. A esto se le sumarán otros indicios de pérdida de dominio económico, como por ejemplo “el incremento de los fondos soberanos de países como China, Kuwait, Rusia, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos” y la “debilidad del dólar contra el euro y la libra británica”².

Esta “no polaridad” se expresa en la emergencia de nuevos actores y potencias regionales que tienen un mayor margen de maniobra política y se oponen abiertamente a Bush, como por ejemplo Hugo Chávez en América Latina o Putin en Rusia y su zona de influencia, además de Irán.

El fracaso neoconservador explica que gran parte de la clase dominante y de la elite política apoye a Obama en un intento de cambiar el rostro de Estados Unidos en el mundo y recuperar terreno perdido en base a una estrategia “multilateral”.

No casualmente entre sus asesores de política internacional se encuentra el ex Asesor de Seguridad Nacional del presidente Jimmy Carter, Zbigniew Brzezinski. Esto tiene distintas lecturas. Aunque la situación no es comparable con la derrota norteamericana en la guerra de Vietnam que signó el período presidencial de Carter, es evidente que se espera que la próxima presidencia administre una herencia muy difícil y frente a desafíos importantes. A la vez, indica que se espera un cambio de política que permita ganar aliados para una salida más decorosa de Irak, desactivar algunos conflictos agudos en el Medio Oriente, recuperar protagonismo en América Latina y por esta vía, recrear las condiciones favorables al dominio norteamericano.

La visita del ex presidente Carter a los territorios ocupados y su reunión con dirigentes de Hamas fueron interpretados como adelantos de lo que sería una nueva política exterior. En el mismo sentido van las declaraciones de Obama de que si fuera electo presidente cambiaría la política hacia Cuba, flexibilizando el bloqueo, tendría una línea de negociación con el régimen iraní y una

política de diálogo con Hugo Chávez, entre otras.

Sin embargo, no está garantizado el éxito de esta política más “multilateral” ni que Estados Unidos logre una cooperación mayor de otras potencias, principalmente de la Unión Europea, en temas conflictivos que requieran un mayor compromiso militar o que estallen contradicciones económicas importantes entre las potencias imperialistas, poniendo límites a este cambio.

Recesión y “seudopopulismo”

Aunque pueden pasar algunos meses hasta que se anuncie oficialmente, nadie pone en duda que la economía norteamericana está en recesión, probablemente desde el último trimestre de 2007.

Las consecuencias ya se empezaron a sentir. Con la crisis de las hipotecas aún en sus inicios, en ciudades mayormente obreras y de bajos ingresos como Detroit, miles ya tuvieron que abandonar su vivienda. Para el año 2009 se estima que perderán su vivienda 2 millones de familias.

De la quiebra de bancos y el mercado inmobiliario, la crisis ya golpea al mercado de trabajo. Hasta el momento la tasa de desempleo subió del 4,4% en marzo de 2007 al 5,1% en marzo de 2008.

El salario real cayó entre un 0,7 y un 1% en la última medición del mes de abril, el séptimo mes consecutivo en el que el salario es superado por la inflación³. La caída mayor es en el salario semanal, dado que las patronales vienen recortando las horas de trabajo. Según un informe del Departamento de Trabajo, citado por el diario The New York Times, en marzo de este año había alrededor de 5 millones de trabajadores en condiciones de empleo part time, ya sea porque no consiguen un empleo a tiempo completo o porque las empresas decidieron recortar el horario y el salario. El informe señala que “la última vez que este índice avanzó en un terreno negativo fue en febrero de 2001, cuando la economía estabro a las puertas de una recesión. Una caída similar se dio en agosto de 1990, un mes antes de lo que se demostró luego como una desacele-

ración aún más severa”⁴.

Frente a esto los demócratas, primero Clinton y luego Obama, han adoptado un programa para atraer el voto obrero y de los sectores de menores ingresos. Esto, al igual que la revisión parcial a los tratados de libre comercio, son algunas de las medidas que han aparecido en la campaña para disputar el voto de los trabajadores. Incluso Obama hizo estos anuncios en la puerta de la fábrica General Motors en Janesville, ante una importante audiencia obrera, el pasado febrero. Pero lo que la prensa observa con preocupación y tilda de “populismo” o incluso “guerra de clases” (sic), no son más que algunas medidas mínimas como por ejemplo la suspensión de las ejecuciones de hipotecas por 90 días, la creación de un fondo para deudores hipotecarios, la reversión de la política impositiva de Bush, la extensión de los beneficios de salud y educación y una inversión estatal de 60.000 millones en los próximos 10 años para obras de infraestructura. Evidentemente este plan está muy lejos de las pretensiones “keynesianas” de los que lo comparan con el New Deal de los años de Roosevelt, y menos aún pone en cuestión en lo más mínimo las fabulosas ganancias de las corporaciones norteamericanas. El propio Obama ha desalentado estas expectativas reivindicando a Ronald Reagan, nada menos que quien derrotó al proletariado y lanzó la ofensiva neoliberal cuyas consecuencias aún hoy pesan sobre los trabajadores norteamericanos. Por si quedara alguna duda, baste repasar la lista de donantes de la campaña de Obama, cuyos fondos superan no sólo a los de Clinton sino también a la campaña de McCain, entre los que se encuentran importantes lobbistas y firmas como Goldman Sachs y JP Morgan Chase⁵.

El “fenómeno Obama”: la ilusión progresista del mal menor

Barack Obama se ubicó desde el inicio de su campaña como el “candidato para el cambio” y despertó la simpatía y el entusiasmo no sólo de la comunidad afroamericana, sino también de miles de jóvenes de entre 18 y 29 años, a los que la prensa llama la “generación O”, en su gran mayoría activistas del mo-

vimiento antiguerra y por la defensa de las libertades democráticas atacadas por el gobierno de Bush.

Obama buscará extender las expectativas del “cambio” a otros sectores que no constituyen tradicionalmente su base demográfica de afroamericanos, jóvenes y clase media educada y de buen nivel de ingresos. Con el apoyo de Richardson buscará pelear el voto de los hispanos despertando ilusiones en que un gobierno demócrata ponga freno a las medidas brutales y las deportaciones contra los inmigrantes.

Para el amplio arco “progresista” que se reclama heredero de los movimientos sociales -como el de los derechos civiles de la década de 1960 o el movimiento contra la guerra de Vietnam- la campaña por el voto a Obama es la continuidad de esas luchas en el terreno electoral.

Sin embargo, estas ilusiones llevarán tarde o temprano a una crisis. No sólo Obama no se define como “progresista” y es parte de la maquinaria del Partido Demócrata, sino que, a medida que se acerca el momento de hacer la campaña para pelear la presidencia, tiende cada vez más a abandonar la retórica “centro izquierdista” y a girar más al centro del espectro político, para atraer los votos de los sectores más conservadores que no tienen confianza en que podrá ser el jefe del imperio americano. Como muestra valga el incidente con su pastor, el reverendo Wright cuyo único “exabrupto” fue denunciar el racismo de la sociedad norteamericana y el precio de las políticas imperialistas de Estados Unidos.

A pesar de las expectativas que despierta que por primera vez un afroamericano tenga la posibilidad cierta de ser presidente de Estados Unidos, la realidad es que Obama no representa los intereses de los trabajadores, de los negros empobrecidos o de los jóvenes que aspiran a poner fin a la ocupación de Irak. Al contrario, representa los intereses de un sector de los capitalistas que considera que esta vez los demócratas defenderán mejor los intereses del imperialismo norteamericano.

La estrategia del “mal menor” es

lo que le ha permitido al Partido Demócrata actuar como contenedor de las tendencias progresistas y de los trabajadores y mantener el régimen del bipartidismo que genera ilusiones de “cambio” a través de la alternancia en el poder.

Pero también las expectativas frustradas en el marco de las penurias de la crisis económica pueden llevar al desarrollo de nuevos procesos políticos y sociales. En esas circunstancias surgió la necesidad de que los trabajadores norteamericanos rompan con los partidos de sus explotadores, conquisten su independencia política y sean capaces de construir una poderosa alianza de los oprimidos -desocupados, latinos y negros- y los jóvenes que sea capaz de enfrentar a la burguesía y su estado imperialista.

1 Casi todas las encuestas registran una disgregación de la base republicana que ha perdido la unidad que le había dado Bush alrededor de la “guerra contra el terrorismo”, el conservadurismo social y la reivindicación de los valores cristianos. John McCain no ha podido hasta el momento cohesionar a esta base conservadora. Esto se expresa en un achicamiento de la base republicana, fenómeno al que se refieren distintas publicaciones, desde la revista The New Yorker hasta el órgano central de los neoconservadores, The Weekly Standard. Según el Pew Research Center for the People & the Press, en este momento se registra el porcentaje más bajo en 16 años de personas que se autodefinen como “republicanos”.

2 Richard N. Haas, The Age of Nonpolarity, What will follow U.S. dominance, Foreign Affairs, May/June 2008. La misma revista publica un artículo del editor internacional de la revista Newsweek que intenta demostrar que, a pesar de existir esta realidad, al no existir rivales en ascenso que cuestionen seriamente la hegemonía norteamericana, como fue en su momento Estados Unidos con respecto a Gran Bretaña, lo que estaría debilitado es el unilateralismo como táctica política pero no el dominio norteamericano como potencia hegemónica.

3 Wages fall behind inflation for seventh month, Economic Policy Institute, 14 Mayo de 2008.

4 Workers get fewer hours, The New York Times, 18 de abril de 2008.

5 Desde hace algunos años Obama viene construyendo su maquinaria electoral y financiero primero con firmas de Illinois a las que hizo sus favores como senador y luego con lobbistas de Washington. Para un estudio detallado sobre el financiamiento de Obama ver Barack Obama I. The birth of a Washington machine, K. Silverstein, Harper’s Magazine. Disponible en www.harpers.org



» viene de contratapa

o prohibirlos, como hace uno de los principales empleadores estadounidenses: la cadena de supermercados Wal-Mart, ícono de la destrucción de las conquistas obreras.

El “modelo Wal-Mart”⁵ presiona a la baja de salarios, como sucede en la industria automotriz, donde los bajos salarios de la autopartista Dana bajaron la “vara” que compartían con “Las Tres Grandes”, General Motors, Ford y Chrysler. Cuando el sindicato UAW negoció la rebaja y la doble escala salarial (los nuevos trabajadores ingresan con salarios menores y sin seguro médico), “Las Tres Grandes” exigieron lo mismo. Esto, junto al deterioro estructural de la industria automotriz⁶ está causando estragos en los sectores más concentrados de la clase obrera.

Es sobre este retroceso de la clase obrera (y la explotación de las semi-colonias) que se edifica la democracia imperialista. La productividad de la que se jacta la economía del país más poderoso del mundo se apoya justamente en una mayor explotación: más horas de trabajos por un salario menor. Un obrero estadounidense con un empleo de tiempo completo trabajó 46,2 semanas en 2004, 10,2 semanas más que un obrero sueco; y mientras en Europa existe un tiempo mínimo de vacaciones anuales (4 semanas) para un trabajador en blanco, en EE.UU. depende de la voluntad de las empresas. Tampoco existe en EE.UU. nada parecido a la licencia por maternidad para las mujeres trabajadoras, por poner sólo un ejemplo de las conquistas liquidadas durante las décadas neoliberales⁷.

Como señalamos más arriba, aunque esta ofensiva fue emprendida por ambos partidos, es una realidad que los dos mandatos de Bush han significado una consolidación de la estructura legal y económica anti-obrera, multiplicando la cantidad de trabajadores que son movilizadados y beneficiados a los ricos con recortes impositivos.

La división entre trabajadores de primera y de segunda se combinan las divisiones étnicas y raciales que mencionamos, por ejemplo un trabajador afroamericano cobra el 70% del salario de un obrero blanco por hacer el mismo trabajo. A esta brecha se suma también la división con los trabajadores latinos (más difícil de calcular por la enorme precarización y los trabajadores ilegales). Sin embargo, se puede observar esta brecha respecto a los niveles de pobreza entre los trabajadores. Aunque son minoría en la población total y en la fuerza laboral, las personas pobres latinas (21.9%) y afroamericanas (24.7%) son más del doble que las blancas (10.8%)⁸.

Empresarios más ricos y trabajadores más pobres

En el marco de esta ofensiva patronal, la concentración de la riqueza creció sostenidamente: lo perdido por los trabajadores no sólo no se re-

cuperó, sino que la brecha entre ricos y pobres es cada vez más grande.

Desde 1979 el ingreso del 5% más rico creció aproximadamente un 42%, mientras que el del 80% más pobre sólo aumentó un 10%⁹ (ver gráfico).

En la tierra de las oportunidades es cada vez más evidente que estas son para unos pocos: entre 1992 y 2005 un CEO promedio vio engordar su recibo de sueldo un 186.2%, mientras un trabajador medio sólo tuvo un aumento salarial del 7.2%, es decir, que en 2005 un ejecutivo ganó 262 veces más que un trabajador¹⁰.

La contracción de este fenómeno fue la pauperización de amplias franjas de la clase trabajadora. Aunque la economía norteamericana aumentó su productividad en un 67% desde 1979, el salario medio de un trabajador creció un 8.9% (y el 7.7% de ese crecimiento se dio sólo entre 1995 y 2000)¹¹. Los aumentos del ingreso durante los últimos años corresponden a un incremento en las horas de trabajo, y no a salarios más altos, y el crecimiento del consumo se debió en gran parte al enorme endeudamiento de las familias trabajadoras, que enfrentan hoy sus deudas con viviendas devaluadas y un mayor desempleo.

Los latinos

La incorporación de los latinos a la fuerza de trabajo ha sido significativa, siendo casi 20 millones de trabajadores inmigrantes (en su mayoría latinos): cerca del 15% de la fuerza laboral. A pesar de que los latinos tienen los peores puestos y salarios más bajos (junto a las mujeres y los afroamericanos), son parte importante de las tendencias a la recuperación de la organización sindical en los lugares de trabajo. Que uno de los sindicatos más importantes hoy sea SEIU-HERE (servicios, limpieza, gastronomía y restaurantes) con 2 millones de afiliados, dos tercios de ellos inmigrantes latinos, habla de este fenómeno. Este proceso ya se venía mostrando hace algunos años, cuando los latinos participaron de luchas defensivas a pesar de las dificultades para organizarse, y en las manifestaciones anti-guerra, sumando el apoyo de su comunidad, especialmente de jóvenes hijos de inmigrantes (nacidos en EE.UU.) que fueron un sector muy movilizadado contra las leyes antiinmigratorias en 2006.

Como parte de la clase obrera los latinos muestran una tendencia, aunque pequeña, alentadora para el conjunto de los trabajadores. Aun en medio de un clima hostil hacia los latinos en general y los indocumentados en particular, son una parte importante de los nuevos sectores organizados: en nuevos sindicatos, en los ya existentes o luchando junto a sus comunidades. Además de su peso económico, es importante también su participación sindical: cerca de 2 millones, más del 10% de la clase obrera sindicalizada, a pesar de las redadas,

arrestos y deportaciones. A pesar de la política históricamente xenófoba de los sindicatos, 1 de cada 10 trabajadores sindicalizados es inmigrante. Sin soslayar el problema de la baja sindicalización, la creciente participación sindical latina es alentadora ya que representa una gran porción de los sectores jóvenes de la clase obrera, que no arrastran décadas de traiciones y derrotas, y que con su acción pueden revitalizar su lucha.

Un pequeño ejemplo de esta tendencia fue la huelga en la procesadora de carne de cerdo Smithfield Foods (una de las más grandes del mundo con 5.500 trabajadores, con mayoría de afroamericanos y latinos) en 2007, contra la intimidación racista hacia los trabajadores y por el reconocimiento de su sindicato UFCW. Los trabajadores pelearon juntos, defendiendo a sus compañeros indocumentados y fueron más allá de las tibias acciones del sindicato para defender su organización del sabotaje patronal, apuntando a una conquista del conjunto de los trabajadores de la planta.

Sin embargo, hay que señalar que mientras persisten los prejuicios racistas de gran parte de la clase obrera, la burguesía y especialmente el partido Republicano y sectores conservadores han venido desplegando una importante iniciativa política dentro de la comunidad latina. Muestra de ello fue el impresionante despliegue del gobierno y los republicanos con la reciente visita del Papa Ratzinger, organizando un acto con más de 60.000 personas, con mayoría aplastante latina, en Nueva York. No está de más recordar que la Iglesia Católica, aunque todavía minoritaria, ya jugaba un importante rol en el heterogéneo movimiento de inmigrantes en 2006, alentando divisiones y desviando el proceso al callejón sin salida del debate parlamentario.

No sólo un sector importante de latinos residentes votaron por los republicanos en las últimas elecciones presidenciales (aumentando respecto al año 2000), sino también han ganado una importante base por la propuesta de Bush del programa de “trabajadores huéspedes”. Es que los sectores más sensatos de la burguesía imperialista ven en los latinos, incluso en los ilegales, una fuente enorme de mano de obra barata y sin ningún tipo de derechos. Esto explica el rechazo a las duras leyes antiinmigratorias y el extraño “apoyo” de la Cámara de Comercio estadounidense a la legalización de los indocumentados (por supuesto una legalización “hecha a medida”). En el mismo sentido va la participación de sectores de la burocracia sindical en el movimiento de inmigrantes, ya que los latinos conforman una fuerza social de peso en sectores económicos importantes. Aun cuando la burocracia es uno de los principales fogueones del chauvinismo norteamericano y del silencio cómplice frente a los maltratos y las persecuciones, se ha visto obligada a

sumarse de alguna forma a la exigencia del derecho democrático mínimo de la legalización.

Frente a esta realidad es acuciante una respuesta obrera. De lo contrario, se reproducirán fenómenos aberrantes como el apoyo de afroamericanos a las políticas contra los inmigrantes, seguirán creciendo las divisiones y los sectores más rancios ganarán la pulseada por este importante sector, legalizando la esclavitud moderna y debilitando así la lucha de todos los trabajadores. Contrariamente a los prejuicios racistas, los trabajadores blancos tienen en los inmigrantes y los sectores más explotados a sus mejores aliados para fortalecer a la clase obrera de conjunto y preparar su lucha para enfrentar las consecuencias de una crisis que ya comenzó a a pesar de las grandes dificultades para organizarse golpear a los más pobres.

* Para leer más sobre la crisis financiera y sus consecuencias ver: J. Chingo, “La crisis amenaza al sistema financiero de EE.UU.”, www.ft-ci.org.

² La ayuda que llegará a no más de 500.000 afectados no será directa, sino que se financiarán nuevos créditos.

³ Esta es la cifra acumulada desde agosto de 2007.

⁴ Oficina de estadísticas de Estados Unidos (US Census Bureau en Estados Unidos).

⁵ En 2004 un cajero en Wal-Mart cobraba el 44% del salario de un cajero de cualquier otra cadena, y la rebaja salarial “a niveles Wal-Mart” que exigía la patronal fue lo que disparó la huelga de supermercados en California ese año.

⁶ Ver más sobre la erosión de la base industrial en “La debacle en Irak y la decadencia de la hegemonía norteamericana” en Estrategia Internacional N° 23.

⁷ The State of Working America 2006/2007.

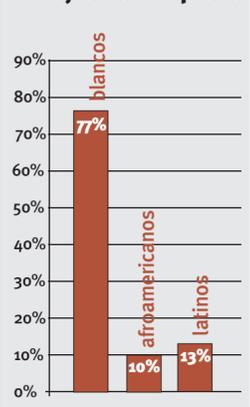
⁸ Idem. Cabe destacar que los datos se tomaron durante 2004, cuando la economía estaba en expansión, luego 2002 y 2003 que también registraron crecimiento.

⁹ Economic Policy Institute, en base a datos del US Census Bureau de 2007.

¹⁰ The State of Working America 2006/2007.

¹¹ Idem.

Trabajadores ocupados



► Los datos corresponden al US Bureau of Labor Statistics hasta Abril de 2008 (no están destacados asiáticos, nativos americanos y otros grupos).



Diferencia salarial

	Blancos	Afro americanos	Latinos
Varones	100	72.1	57.5
Mujeres	73.5	63.6	51.7

► Por cada 100 dólares que gana un varón blanco. Datos de U.S. Current Population Survey and the National (2006), publicado en 2007

Los trabajadores y la crisis

El huracán Katrina que destruyó Nueva Orleans en 2006 desnudó una sociedad donde se margina a millones de pobres, entre los que afroamericanos y latinos son una desproporcionada mayoría. Hoy, cada vez son más quienes afirman que Estados Unidos se encamina a una recesión, y la mayor crisis financiera de las últimas décadas junto la creciente inflación ya golpea a los trabajadores y el pueblo norteamericano¹.

Celeste Murillo

Postal de crisis

En 2007, las ejecuciones hipotecarias aumentaron un 57% (después de aumentar un 42% en 2006). Este porcentaje significa miles de nuevos "sin techo", que se mudan con parientes y amigos, o viven en sus automóviles en el peor de los casos. Los primeros meses de la crisis han creado un nuevo paisaje en ciudades hasta ayer muy cotizadas como San Francisco: casas vacías, abandonadas por sus dueños que ya no pueden pagar las cuotas o han sido desalojados. Recientemente el Senado ha votado un plan de ayuda de 300.000 millones en nuevos préstamos hipotecarios².

Ante esta catástrofe económica de fin incierto el establishment político de republicanos y demócratas responde a los intereses de las grandes empresas y bancos, como lo demuestra la inyección de más de 780.000 millones de dólares³ de la Reserva Federal para generar liquidez en el mercado, que no es más ni menos que un enorme salvavidas para los que amasaron millonarias ganancias en las últimas décadas.

Mientras tanto, se calcula que 28 millones de personas van a necesitar vales de comida, el aumento más significativo desde la década de 1960. Las hipotecas siderales, el desempleo y el alza de los precios de los alimentos hacen que muchos trabajadores, a pesar de tener un empleo, dependan de la ayuda estatal.



En este escenario, a pesar de que muchos, entre ellos varios gobiernos latinoamericanos, siembran expectativas de que un futuro gobierno demócrata manejará la crisis de una forma más "progresista", ambos partidos se disponen a descargar la crisis sobre los trabajadores y el pueblo.

Cicatrices de neoliberalismo

La salida que le dio burguesía a

la crisis abierta tras el fin del boom de la posguerra, culminó en un enorme retroceso de la clase obrera a nivel internacional. La ofensiva patronal liderada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher tuvo un importante epicentro en EE.UU.. Aunque al comienzo de los años 1970 la burocracia de la central sindical AFL-CIO realizó varias acciones presionada por la base obrera, a medida que se profundizaba la crisis,

la colaboración entre la dirección de los sindicatos y las empresas aumentó. El punto de inflexión llegó con la derrota de la huelga de los controladores aéreos en 1981, que fue utilizada por Reagan como punto de apoyo para lanzar su ataque a las conquistas obreras. A partir de ese momento, se multiplicaron importantes derrotas que debilitaron la fuerza de la clase obrera, fragmentando y dividiendo sus filas. Hoy, después de más de dos décadas de neoliberalismo, gobiernos demócratas y republicanos, el nivel de sindicalización se encuentra en su nivel mínimo, cerca del 10%. Y aunque los dos mandatos de Bush significaron una profundización de las malas condiciones, despidos masivos y un saqueo del salario obrero, los dos mandatos del demócrata Bill Clinton no se quedaron atrás en recortes de gasto público, creación de empleo basura y destrucción de programas sociales.

Una clase obrera dividida y fragmentada

Las últimas décadas significaron una gran fragmentación en las filas obreras: entre trabajadores de primera y de segunda, precarizados, temporales y part-time. Además existen importantes divisiones étnicas y raciales, explotadas por la patronal y la burocracia que alientan los fuertes prejuicios racistas entre los obreros blancos principalmente, y también las tensiones entre afroamericanos y latinos. Sumado a esto, las mujeres y la juventud siguen siendo sectores postergados del proletariado norteamericano.

La clase obrera estadounidense es una poderosa fuerza social de más de 140.000.000⁴ de personas. Sin embargo, la fragmentación y el debilitamiento de sus organizaciones, han diluido su peso político, reduciendo-

Estados Unidos antes de la crisis (*)

304.000.000
población total

51.7 millones
vivían en la pobreza

35 millones
pasaron hambre (entre ellas 13 millones de niños y niñas)

45 millones
no tenían seguro médico (no existe la salud pública)

► (*) Datos de 2006

Fuerza laboral

158.757.000
Fuerza laboral total

141.131.000
Ocupados

5.200.000
Subocupados

7.626.000
Desocupados

4.800.000

Ya no buscan trabajo

► Fuente: National Jobs for All Coalition y US Census Bureau. Calculado sobre trabajadores civiles.

La burocracia de la AFL-CIO

La AFL-CIO surgió en 1955 de la unión de la tradicional AFL (American Federation Labor) y el CIO (Congress of Industrial Organizations) creada en 1932 con un perfil más combativo en sus inicios.

En agosto de 2005 se produjo la primera división importante, con la retirada de los sindicatos de Camioneros, Hoteleros y Gastronómicos, Supermercados y Empleados de Servicios, que conformaron la Coalición "Change to Win" (Cambiar para ganar). La división se dio alrededor de la guerra en Irak y, sobre todo, de la política de organización de nuevos sectores impulsado por "Change to Win" que exige dar mayor peso a los nuevos sectores para ganar peso de negociación. Sin embargo, la nueva coalición no ha significado ninguna alternativa, así lo demostró su posición frente a las leyes antiinmigratorias (que afectan a un gran sector de estos sindicatos), ni tampoco han planteado una política indepen-

diente de los trabajadores. Como la AFL-CIO, "Change to Win" respalda al Partido Demócrata en las elecciones, algunos por Obama y otros por Clinton. A fines de los años 1970 sólo el 22% de los trabajadores estaba afiliado a un sindicato, luego de haber alcanzado el máximo histórico de 36% en 1953.

La clase obrera industrial, tan nombrada en las elecciones internas del Partido Demócrata, ha visto cómo la burocracia sindical ha entregado todas y cada una de sus conquistas. La política conciliadora de la burocracia ha debilitado a los sindicatos como organizaciones de lucha y sus dirigentes se transformaron en portavoces directos de la patronal.

El ejemplo más reciente fue la traición abierta del UAW (sindicato de obreros automotrices) en septiembre de 2007. Por primera vez desde 1976, 73.000 obreros y obreras de las 82 plantas estadounidenses de General Motors realizaron la

primera huelga nacional contra la empresa. Dos días después, los dirigentes la levantaron, diciendo que había que hacer algunas concesiones porque "si gana la empresa, ganamos todos". De la misma forma acordó con Ford y Chrysler, otorgando así a las "Las Tres Grandes" automotrices lo que exigían: recortes salariales y seguro médico, suspensiones y retiros voluntarios "para competir mejor". Hace sólo unos días, entregó la larga lucha de los obreros de la autopartista American Axle (subsidiaria de General Motors) que paralizaron la fábrica desde febrero (afectando la producción nacional e internacional) contra el recorte salarial del 50%. En medio de esta enorme crisis, cuando se han eliminado puestos de trabajo durante cuatro meses consecutivos, la burocracia amenaza a los obreros que quieren luchar con el fantasma de las deslocalizaciones y los despidos, acusándolos de hacer peligrar la fuente de trabajo de sus compañeros.

lo a la participación en las elecciones dentro del sistema bipartidista (donde sólo participa un sector de los trabajadores). Aunque el Partido Demócrata fue su representación política histórica, desde la década de 1980 una parte importante ha girado hacia el Partido Republicano.

Centros industriales como Detroit, sede de las fábricas automotrices, son hoy ciudades empobrecidas, ya que un gran número de empresas de se han mudado al exterior en busca de mano de obra barata y a los "estados libres" dentro de EE.UU.. En esos estados la patronal tiene más "facilidades" para boicotear los sindicatos

» Sigue en páginas centrales